

de la dignidad humana en esa esfera donde las normas nunca pueden llegar a ser eficaces, y que completan una búsqueda del diálogo como vehículo de relación y ayuda entre los individuos y una interpretación de la realidad en la que el erotismo siempre se halla implicado en la realidad del personaje, reprimido, aspiración que no llega a consumarse de otra manera que como sensación, índice—con los demás elementos—de una verdad presagiada, pero huidiza, espejismo trágico con frecuencia, contraste.

Es por ello que habremos de hablar de un detenimiento crítico de Escobar Galindo en algo muy similar a los «indicios de lo humano», puesto que en todas sus narraciones, contando con la humanidad de cada personaje, la humanidad «real» se transforma en fin. De la humanidad se deduce el método que Escobar Galindo ha empleado para mostrarnos esa peligrosa carencia, que tampoco se simplifica en un enfrentamiento puro de concepciones opuestas, sino que se desenvuelve al margen de la decisión personal de cada protagonista, a empujones, en determinados pasajes a borbotones, a manera de una corriente viciada, resuelta, de indiferencia y pasividad.

Esto explica que formalmente Escobar Galindo base en la sorpresa y en la reiteración el golpe físico de lo cotidiano ante sujetos que abandonan su medio subterráneo para expresarse en un mundo literario que está soportando a su vez—por intervención directa del creador—una serie de cambios que dan viveza a las declaraciones y que precisan—premisa fundamental de Rilke—tonos y caracteres en el círculo cerrado e incontestable de los hechos. De este modo, la observación del artista y de sus criaturas queda matizada, al igual que las contraposiciones entre los deseos y las circunstancias, en una síntesis rica que absorbe la sequedad, la violencia y la determinación.

Los hechos son contestados y los gestos humanos nos resumen el inmenso caudal de la historia de un hombre, de miles de seres perdidos.—F. J. S.

CRISTINA PERI ROSSI: *Indicios pánicos*. Editorial Bruguera. Libro Amigo. Barcelona, 1981, 183 pp.

En una conversación entre el escritor norteamericano Norman Mailer y el crítico francés Pierre Domergues, incluida por Leonhard Reinisch y Karl Hoffman en *Conductores y seductores*, Norman Mailer declaraba: «Al decir que todos estamos poseídos por el problema del poder, creo expresar una obsesión colectiva». Esta conclusión

va ligada a una interpretación del sueño americano y a una reacción muy amplia respecto del mismo. Pero quizá Mailer olvidase que lo que supone una cultura de masas—como pueda ser la suya, la que le afecta cuando decide orientar las motivaciones que le impulsan a escribir una novela y a desear que su obra tenga, como las obsesiones, unas respuestas masivas, colectivas—no implica el olvido de la individualidad, del modo en que cada persona replica al medio, a lo que ocurre en su interior y se propaga como una peste, más allá de unas fronteras concretas.

La armonización que Cristina Peri Rossi ha llevado a término en *Indicios pánicos* representa una complementación de ese punto de vista de Mailer, y no precisamente por medio de la novela, sino de un volumen de textos cuya brevedad—intensa, sincera, amarga e irónica brevedad—funde sus diversos capítulos en un todo indisoluble, múltiple como una reflexión a la que presta coherencia el estremecimiento, el horror. En este sentido, tal como se dice en el libro, Cristina Peri Rossi imaginó, pero la realidad se encargó de probar que, sin proponérselo, puede llegar mucho más lejos que la fabulación. Por desgracia, mucho más lejos en lo lamentable y vergonzoso de lo que es llamado civilización, y a veces realidad.

Esta complementación no ha sido buscada por Cristina Peri Rossi; nace de una inquietud cultural y crítica—que relaciona sus páginas con el desastre goyesco, con la deformación de los espejos de Valle-Inclán—y con el símbolo, rompiendo con su pureza tradicional, emparentado con la obra de Munch, la novelística kafkiana, la utopía de Orwell, o la poesía lúdica, agresiva y sentimental, ardorosa, de Vian... en las que también se identifican las sombras nocturnas del misterio humano de Lovecraft, el sueño, el sufrimiento, el desvalimiento, esa muerte siempre en tránsito que nos producen los asesinatos, los suicidios, la represión y la crueldad que tratan de imponerse a la vida.

Muchas son las razones—no sólo apoyaturas o alusiones reconocibles en la evolución de la literatura universal—que inducen a pensar que nos hallamos ante una delicada obra maestra. Ni la autocrítica ni la confusión, en el caso de que la hubiere, podrán jamás con la sensibilidad que ha conquistado y conjurado el dolor que pende sobre estas páginas, sobre esta especie de confidencia de un mundo que parece lejano y que, sin embargo, siempre vislumbramos a nuestra espalda, porque teme el horizonte. Pedro Salinas acertó al expresar esa sensación estranguladora del suspenso, lejos de nosotros mismos. Porque lo demás, el resto, es silencio en verdad.—F. J. S.

FLORENTINA MORENO: *Hombre y sociedad en el pensamiento de Fromm*. Fondo de Cultura Económica. Biblioteca de Psicología y Psicoanálisis. México, 1981, 383 pp.

Pocos estudios pueden encontrarse que aborden la problemática del individuo, de la sociedad y del análisis, con una visión tan amplia y, al tiempo, tan ligada a los planteamientos críticos del pensamiento de Erich Fromm, como el efectuado pacientemente por la profesora Florentina Moreno, partiendo de los dos pilares que centran la reflexión del propio Fromm, en su obra, en su biografía y en las consecuencias prácticas que se deducen de la revolución psicológica en la que participó como uno de los más lúcidos exponentes del humanismo social. Doctora en Psicología por la Universidad de Madrid y profesora de la Universidad vallisoletana, Florentina Moreno se afirma en primer lugar en la muerte de Fromm y en los pasos que conducen y configuran un método de análisis peculiar, que desindividualiza el conflicto personal del paciente, para adentrarnos en el inconsciente, en la naturaleza humana, en su carácter histórico y social, y en el proceso en que consideraciones generales se concretan en cada una de las personalidades afectadas por sus relaciones con el mundo real.

No obstante, esta evolución podría resumirse en tres líneas que la profesora Florentina Moreno ha trazado sobre el objeto de su estudio para facilitar la comprensión y mostrar los avances que las tesis de Fromm han provocado, ya por su actuación específica en el análisis psicológico, o guiando las actividades de sus discípulos. A pesar de lo arriesgado que resulta delimitar campos tan relacionados entre sí, encontramos una indagación en el ámbito cultural que genera la contestación de Fromm, como persona y como científico: en primer plano, la persecución del régimen nacionalsocialista, ya de autores de origen judío o de teorías que aludan de manera frontal a Freud; Fromm formará parte de la forzosa emigración de la intelectualidad alemana que recorrerá Europa, hasta asentarse en Estados Unidos. Hay, asimismo, un estudio del clima científico de controversia entre el criterio ortodoxo del maestro Freud y sus alumnos, partidarios de relacionar los hallazgos del psicoanálisis con interpretaciones que tienen una proyección política indudable (Castilla del Pino ha estudiado este tema en su libro *Marxismo y psicoanálisis*) o atendiendo otros elementos de la psicología que intervienen en la caracterización del padecimiento (como explica Anais Nin en su *Diario*, ciñéndose a su maestro Otto Rank) y que podemos estudiar des-

de otras posiciones, en el epistolario de Freud y Jung, o valorando los aspectos más significativos de cada diferenciación, en el tratado de Paul Roazen: *Freud y sus discípulos*. En tercer lugar, la profesora Florentina Moreno estima el ambiente social que provoca un gran contraste entre los postulados psicoanalíticos previos a la segunda guerra mundial, y posteriores a la contienda, postulados que arraigan en la dinámica de Occidente y de Iberoamérica, y que desde ese instante son parte de cada acontecimiento, siendo comentario y crítica simultáneamente.

La mayor parte de estos proyectos renovadores del criterio freudiano de análisis están consideradas en el libro en función de lo que las une o enfrenta con la interpretación de Fromm, incluidas las más modernas polémicas (Marcuse, Reich, Lacan, Màrkus, Piaget, Adler, Deleuze, Guattari, Sebag, Brown, Lorenzer...), aunque siempre teniendo muy presente el humanismo marxiano de Fromm y la influencia de Spinoza en su pensamiento. Es así que la profesora Moreno vuelve a su punto de partida, recuperando a Fromm de la discusión y ahondando en aquella definición de la que éste diera noticia en *Más allá de las cadenas de la ilusión*, al afirmar: «El analista debe evitar el error de dar al paciente interpretaciones y explicaciones que sólo impiden dar el salto del pensamiento a la experiencia... Debe eliminar una racionalización tras otra, una muleta tras otra, hasta que el paciente no pueda seguir escapando y, en vez de ello, atravesase las ficciones que llenan su mente y experimente la realidad.» Al comprobarlo, tenemos la misma impresión que recoge Alberto Moravia en su diálogo con Desideria, en *La vida Interior*: nos ha hablado una voz que nos ha hecho pensar que hemos vivido otra existencia distinta a la nuestra. Tal vez eso sea la conciencia. La profesora Florentina Moreno nos ha permitido adentrarnos en la meditación de Erich Fromm sin intermediarios, y no nos hemos dado cuenta de que en su libro todos hemos buscado esa contestación, esa conciencia que anula el miedo y alza la libertad, sólo la libertad. FRANCISCO J. SATUE (*Pañería, 38, 2.º MADRID-17*).

## ENTRELINEAS

CARLOS FRANQUI: *Retrato de familia con Fidel*, Seix Barral, Barcelona, 1981, 550 pp.

La revolución cubana pareció en 1959 dividir la historia contemporánea de América Latina en dos períodos bien definidos, proponiendo al mundo un modelo revolucionario que parecía, en nombre del marxismo, contradecir una de las premisas fundamentales de la teoría marxiana de la revolución: que ésta ocurriría antes en los países desarrollados que en los atrasados por exacerbación de las contradicciones inmanentes del sistema. Su derrotero posterior ha abierto numerosas polémicas, acentuadas por la dificultad de información que tiene su aporte en el hecho de la misma política de difusión del Gobierno castrista.

Carlos Franqui, integrado al ejército de Sierra Maestra en 1958, está en la primera línea de la dirigencia revolucionaria hasta que las crecientes diferencias con la cúpula del poder lo llevan definitivamente fuera de Cuba en 1968. Ahora, siguiendo la forma de un relato impresionista, de prosa entrecortada y tensa, rememora el proceso desde su llegada al frente hasta el convenio azucarero entre Cuba y la URSS.

La elección del último evento no es caprichosa: una de las tesis vertebrales del libro es que Cuba, aunque acabe con la propiedad privada y expropie a la burguesía local, nunca dejará de ser un país apendicular y dependiente mientras no supere su estadio de monocultivo azucarero, incorporando a su minisistema económico ciertas riquezas minerales, ganadería matizada, elaboración de alimentos, industria turística. El desarrollo múltiple es para Franqui premisa de la liberación y del progreso social, del cual la revolución —es su propuesta— debió ser una impulsora en cuanto a participación de las masas.

La lectura que Franqui hace de los hechos detecta varias líneas de fuerza en el frente antibatistiano: la tendencia propiamente revolucionaria, democrática, humanista y socializante; los elementos stalinistas que tienen su representante máximo en Raúl Castro y que incorporan tardíamente al Partido Comunista cubano para adueñarse de todo el espacio durante el gobierno subsiguiente a la caída de Batista; los socialistas por libre, cuya eminencia es Ernesto Guevara; los aliados coyunturales de la burguesía cubana malquistada con la dictadura, y, por último, pero no el menos, Fidel Castro, que se

dedica a desarrollar su poder personal hasta convertirlo en una institución revolucionaria y negociarlo con los sectores del stalinismo que terminan adueñándose del proceso.

En esencia, el fenómeno cubano es visto como un desplazamiento de la burguesía batistiana tradicional por una burocracia colectivista que es la nueva clase explotadora, ya que el régimen de extracción de la plusvalía no ha cambiado. Desaparece la economía de mercado, todos los oligopolios son reemplazados por el monopolio estatal y el aparato político se centra en la burocracia del partido único, los poderes personales de Fidel y el Ejército.

Las objeciones de Franqui no son un bloque ni parecen indiscriminadas: aprueba la campaña de alfabetización, el reparto de viviendas, la elevación de los salarios que acaba con las provisiones en la isla, la expropiación de las grandes compañías extranjeras. Desaprueba, en cambio, el manejo ineficaz de la producción, que lleva al desabastecimiento y a los privilegios burocráticos; la falta de libertades revolucionarias para debatir el proceso, que reducen todas las voces discordantes a la crítica privilegiada del propio Fidel; el empobrecimiento del horizonte cultural por la censura y la emigración de intelectuales; un régimen duramente policial en cuanto al control de la vida cotidiana, que anula las energías creativas de la sociedad cuya liberación era uno de los objetivos revolucionarios.

No es éste el lugar para hacer una constatación exhaustiva y documental del libro de Franqui. Haría falta para ello otro contexto y un historiador especializado. Supongamos que el libro cae en las manos de un lector meramente interesado por el hecho histórico de la revolución cubana. Es casi innegable que para este lector el texto presenta dos virtudes nada desdeñables: vivacidad y coherencia. La versión que ofrece de los hechos y su secuela es la de alguien que no sólo ha vivido lo que cuenta, sino para el cual lo contado es cuestión de vida o muerte, algo que define su apuesta en la historia. Tampoco se puede cuestionar la trabazón interna de lo narrado y lo leído, aunque el contraste documental podría, en caso de efectuarse, arrojar otra luz sobre los eventos evocados.

En definitiva, el texto no parece servir de exutorio ni a rencores personales ni a convicciones visionarias de un sector pequeño y delirante. Si apela a la amargura de no estar ya en la tierra de origen ni poder aprobar los resultados de un proceso a cuyo inicio se contribuyó, ello parece inevitable a la hora del balance.

Más allá de lo que Franqui dice sobre esta revolución concreta, su relato obliga a pensar en un proceso que es masivo en nuestro mundo actual: los países capitalistas atrasados van cumpliendo un

ciclo de cambio traumático que no responde ni al modelo clásico socialista del siglo XIX ni a un modelo novedoso atribuible a un hipotético Tercer Mundo. Nuestro planeta parece incapaz de ofrecernos otra variante que un mundo capitalista monopolístico, con un centro rico y una periferia pobre, o un mundo capitalista burocratizado, donde la eliminación de la economía de mercado lleva a un colectivismo en que la administración de la plusvalía está en manos de una burocracia donde se integran funcionarios del partido único, intelectuales, técnicos y militares.

Tal vez Franqui se incluyó en las filas de una revolución que no podía cumplirse. En todo caso, no había otra manera de averiguarlo que incluirse a todo riesgo. Por ejemplo, el de ser borrado de los retratos de familia que siguen centrados en la imagen de Fidel.—B. M.

JÜRGEN HABERMAS: *La reconstrucción del materialismo histórico*, versión castellana de Jaime Nicolás Muñiz y Ramón García Cotarelo, Taurus, Madrid, 1981, 315 pp.

Este libro es coleccionario y reúne trabajos de los años setenta, los cuales van sistematizados por Habermas conforme a sus propuestas de la introducción: reconstruir el materialismo histórico, o sea desmontar la teoría y recomponerla con nueva forma con el único objeto de alcanzar mejor los fines que se proponía; mantenerse crítico frente al cinismo de la conciencia burguesa (empresa tradicional de la escuela de Frankfurt); enfatizar la importancia dialéctica de la cultura, siempre superestructural, pero desvalorizada por el marxismo corriente; interpretar los sistemas sociales como una red de acciones comunicativas, aspecto que también suele ser desdeñado por el marxismo vulgar y rutinario; incorporar al materialismo histórico los aportes de la psicología genética o evolutiva (la no difícil integración Marx-Piaget que tanto ha dado que hacer a los censores del Cono Sur americano); la consideración de la religión moderna como una ética profana de la comunicación, y, finalmente, reformular los procesos de racionalización como procesos en los que se «exorciza» la violencia institucionalizada en la comunicación de modo inadvertido.

El fundamento de estas propuestas sigue siendo el programa de Frankfurt: salvar para el pensamiento filosófico concreto su carácter de universal y totalizador, planteándose las empresas de teorizar en general sobre la naturaleza y la sociedad. Para lograrlo, salvar, en consecuencia, la filosofía como la autorreflexión radical de la conciencia histórica posible de cada época.